

saben pocas cosas, sino porque tienen más disculpa que otros cuando no son como debían ser, y porque se elevan más de prisa no bien vislumbran el camino! ¡Cuánta admiración me causó, hace pocos días, la anciana madre de un muchacho cortador de pizarras! Me decía que para enviar á su hijo á un convento á unos ejercicios que debían durar tres días, había pedido prestados á una vecina cinco francos, lo que costaba el viaje y la comida. Y como le dijese que aquello me conmovía, contestó: «Qué quiere usted, señorita; una es madre, y una no sabe cuidar más que de los cuerpos.»

Quisiera que las mujeres distinguidas pudiesen decir otro tanto.

Hermanas mías, aquellas que leéis, no confundáis el arte de la lectura con la moralidad. Este es otro prejuicio, que ha estado muy en boga, y cuya tiranía causa aún algunos daños, si bien ha perdido ya muchos defensores. Victor Hugo, escribió:

«Abrir una escuela es cerrar un presidio.» ¡Ay! desde la época en que el poeta estampara esta frase sonora, se han abierto muchas escuelas; no creo que se haya cerrado ni una sola cárcel. El escritor daba de este modo una apariencia antitética y poética á una idea que se quería popularizar.

«El conocimiento del alfabeto y las lecturas que le siguen son causas de moralidad. Todo hombre que lee, es superior en moralidad al que no lee.»

No sólo hay hombres de genio para formular estas

cosas: existen también hombres cándidos para creer en ellas y darles mayor autoridad con ayuda de las estadísticas. Durante muchos años han estado esperando, sinceros, confiando en que los números, lo mismo que los hombres, iban á aplaudir al poeta. Pero la criminalidad no se modificó en el sentido profetizado. Hoy día, casi todos los acusados saben leer; y hasta hay muchos que han cursado la segunda enseñanza. Acaba de publicarse un resumen del estado de la cultura en los presidios. Y el número de delincuentes ha aumentado.

Ha sido necesario recoger velas. El autor del estudio general sobre la justicia en Francia, desde 1826 á 1880, comenzaba á dudar de la proposición. No la condena, pero ya no podía apoyarla. Decía: «Hay que renunciar á la esperanza de encontrar sólo en la estadística la explicación de la influencia de la instrucción sobre la criminalidad.»

Un estudio mucho más reciente, el que se refiere á las causas criminales vistas en Francia, durante el año 1905, va mucho más allá en su confesión.

Después de enumerar las demandas, denuncias y juicios de faltas, que en 1835 fueron 114.009, que en 1850 ascendieron á 200.000 y que alcanzaron la respetable cifra de 546.000 en 1905, el redactor de estas páginas oficiales, pasa á formular algo así como un pensamiento. Estas cifras le ofuscan. Por otra parte sabe perfectamente que el número de escuelas ha aumentado. En vista de ello se defiende con lo incierto



de los datos, declara que todo esto es muy obscuro, y abandona la estadística, no pudiendo resolverse á volver por completo la espalda á la utopía. Y, he aquí lo que dice:

«No existe, pues, *ninguna relación bien determinada* entre el desarrollo de la instrucción y la criminalidad. Por lo tanto, no es necesario tratar de determinar por medio de la estadística criminal, la influencia que el progreso de la instrucción primaria ejerce sobre la moral pública.»

Podemos preguntarnos cómo una idea tan sencilla ha tardado tantos años en llegar á ser oficial. En 1881, un periódico, *Le Temps*, observó muy acertadamente: «Entre cada 100 acusados, se encuentran 30 analfabetos, 66 individuos que saben leer y escribir y 4 que han recibido buena educación: *por lo tanto la educación, más bien que la instrucción, es lo que elevará el concepto de la moralidad en el hombre.*» Por fin encontramos ya palabras exactas y conceptos colocados cada cual en su lugar, es decir, separados. Preciso es repetirlo. Es necesario convencerse de ello. El hecho de saber leer constituye un medio de aprender cosas buenas ó malas, y la elección en la dirección de las lecturas, es un acto de la voluntad y un efecto de la educación, que decidirán del provecho moral ó del daño encerrado en esa incógnita, en este poder indiferente que se llama el arte de la lectura. Antes que nuestros estadísticos, lo había confesado un filósofo inglés, y creo que fué Herbert Spencer el que dijo: «No

veo más relación entre el hecho de saber juntar las letras y la moralidad, que entre la moralidad y la costumbre de tomar un baño todas las mañanas.»

Otro prejuicio, de los más extendidos, consiste en creer que un libro, con tal de que esté bien escrito, no puede hacer daño. Esto lo oigo decir en la calle, en casa de los pobres, en las reuniones...

¡Oh! sé perfectamente que se hace una excepción en favor de las muchachas. Todo el mundo conviene en que tienen derecho á una especie de sistema protector. Pero, en cuanto una mujer se casa, parece que ya puede leer impunemente toda clase de libros. Yo no lo creo así.

Tal vez pudiéramos admitir que un hombre ó una mujer, ya en la madurez, de inteligencia viva y cultivada, que esté acostumbrado á los sofismas y desprecie la bajeza moral, pueda leer muchos libros, aunque sean falsos, aunque sean malos, siempre que tenga necesidad de hacerlo. ¡Pero, leer de todo! ¡Y leer de todo antes de haber leído mucho! Pensad en el espantoso cúmulo de mentiras, y de necedades, y de perversidad moral que representa, junto á las más puras obras maestras ú otras dignas de estimación, una literatura cualquiera, aún cuando no se tengan en cuenta más que los escritores de talento y sus libros hábilmente escritos! ¿Y tenéis tanta confianza en vosotros mismos para pensar que esa mezcolanza de sistemas, de afirmaciones, de insinuaciones, de llamamientos á la sensualidad, de descripciones y de contradicciones no



causará mella en vuestro espíritu? ¿Creéis que con tal que un libro esté artísticamente hecho, es inofensivo, como si el arte no prestara mayor fuerza y un encanto mayor á doctrinas ó á sentimientos cuya grosería, á no ser por él, os hubiese repugnado? ¿O bien imagináis que admiraréis exclusivamente la forma y que permaneceréis insensibles á la idea bien engalanada y dominante?

No, no lo creo, y no lo creo, por dos razones. Primero, porque he visto inteligencias clarísimas turbadas y trastornadas por miserables sofismas escuchados demasiado pronto, sin bastante desconfianza, con demasiada vanidad personal. Y he conocido también muchísimas personas excelentes que habían cambiado de sonrisa, y de mirada, y de alma sin sospecharlo casi, y en las que influían visiblemente esas lecturas mal llamadas ligeras, y que son las más pesadas, puesto que tuercen lo que está derecho. No, estoy segura de que la necedad, aunque sea genial, el error, no puede penetrar en un espíritu sin entenebreerlo, y que las mujeres honradas, los hombres dignos, pierden parte de su honradez leyendo libros inmorales.

Y á falta de la experiencia, ¿no basta la razón para combatir ese prejuicio de que la lectura es inofensiva? Afirmar que un libro no puede perjudicar un espíritu ya formado es proclamar una de estas dos cosas: ó que el hombre es impecable, ó que los principales medios de instrucción no tienen poder ninguno.

Es necesario elegir. Y esto es lo difícil. Y es tanto más difícil cuanto que, casi siempre es pueril dividir los libros en buenos y en malos. Seguramente, los hay completamente malos. Pero muchos libros buenos no lo son sino relativamente; la pregunta y la respuesta son y deben ser personales, individuales, y lo que es bueno para éste puede ser perjudicial para aquél.

Si yo tuviera que dar una fórmula, me decidiría por ésta: es necesario ser superior al libro que ha de leerse. ¡Entendámonos! ¡No se trata de leer los libros que sea uno capaz de escribir! Esto reduciría de un modo notable la importancia de las bibliotecas. Quiero decir que es necesario saber presentir que posee uno, por naturaleza y por educación, una cultura bastante sólida, una resistencia moral suficiente para que, siéndonos provechosa la parte sana del libro, no nos perjudique la mala.

A esto es á lo que yo llamo ser superior al libro que uno lee. Pero, ¿y si no se ha leído?, me diréis. Otros lo habrán leído. Los libros tienen su fama, su perfume, su aroma. Y después de todo, no obráis de otra manera cuando yendo de caza saltáis una cerca ó un arroyo. No sabéis con exactitud la altura ó la anchura que tendrá el obstáculo, pero como conocéis á vuestro caballo, estáis seguros de que lo saltará. Esto mismo hacen los marinos cuando dicen que navegan «á la buena de Dios», fiados en su saber, en su excelente vista y en su finísimo oído, para guiarse á través de la niebla ó de la obscuridad. Yo añado que entre



dos excesos, el exceso de confianza es siempre el que nos solicita.

Esta es, en suma, una ley de buena fe. Las muchachas solteras tienen una manera muy sencilla de aplicarla: hacen leer á sus madres. Las casadas jóvenes de la clase media no siempre tienen el mismo recurso, porque, generalmente, sus maridos leen poco, y hasta sé de algunos que no leen nada, y hay una gran diferencia, cosa que no es nueva en el mundo, entre la cultura de la mujer y la del marido. Pero, las madres de las muchachas son aficionadas á la lectura. Cuando una madre lee en voz alta delante de sus hijas, desempeña uno de sus papeles más bonitos, y lo desempeña admirablemente. Ejerce el derecho de censura. Da los cortes necesarios, y lo hace con tanta habilidad, ligando tan bien los párrafos que nadie lo advierte. ¿Habéis observado esto? Cuando un hombre lee un libro que no es á propósito para una Margarita inocente, la expresión de su rostro revela que va á suceder algo; se turba; le tiembla la voz; hace pausas que restan interés á la lectura y que pueden subrayar un párrafo obscuro y hasta intercalar una frase en cada paréntesis. ¡Cuánto más perspicaz es la madre, sencillamente por ser madre! La maternidad crea dos almas á la vez: la del hijo y la de la madre. La madre que lee tiene un aplomo de autor, y lo que es más, una impertinencia muy oportuna; reemplaza una palabra con la misma facilidad con que daría una puntada en su bordado; no tiene miedo de que la consideren necia

ó ridícula, ó de quedarse cortada, y nunca le sucede tal cosa. ¡Ah, con cuántos y con cuán utilísimos correctores cuentan los escritores cuando han terminado su cometido los regentes de las imprentas! ¡Qué buenas lecciones recibirían si pudiesen oírlas! Y de este modo, muchos libros, que no pueden ser leídos en el original, pueden serlo en la edición maternal. ¡Cuán preferible es, á mi modo de ver, este sistema que ese indiferente abandono, que deja á una muchacha reducida á leer las novelas escritas exprofeso para ella, y que la obliga á esperar con impaciencia el momento en que podrá abrir los libros que lee su madre á solas y para sí! ¡Cuántas lecturas serias, educadoras de la voluntad, podrían de este modo prepararse, no enamoradas nutridas solamente de novelas y poesías, sino mujeres formadas para mirar la vida, con esa hermosa valentía, con esa rectitud de juicio, con esa clara percepción del deber, ese desprecio del mal que da fuerzas para soportarla, para conquistarla, como un reino del cual se llega á ser soberana! Y así se adquieren derechos imperecederos al agradecimiento de los hijos. Cuando crecen y juzgan, no la vida, sino su vida, y pueden ver que su juventud ha sido inteligentemente guiada y amorosamente respetada, que se ha defendido ella misma hasta donde alcanzaban sus fuerzas y que cuando éstas le han faltado, la han defendido; cuando se sienten fuertes, desarrollados, sanos, hallan para sus madres palabras distintas sin duda en la forma, pero semejantes en el fondo, á las que oí una vez



á una niña que yo conozco: «Mamá, tú eres la más linda; yo te he elegido.»

¡Época de prueba, época de preparación! Bueno es que dure, puesto que la libertad aumenta á medida que la curiosidad disminuye. Y luego llega la edad en que los ojos han visto tantas tempestades que pueden calcular el peligro con solo mirar el color de las olas. Entonces podemos ir muy lejos, con tal de que conozcamos los faros. Entonces somos como un viejo piloto que puede hacerse á la mar haga el tiempo que haga.

Hermanas mías, las que leéis, estad persuadidas de que si nuestras lecturas no han de traspasar el límite impuesto por el respeto que á nosotras mismas nos debemos, en cambio su variedad ha de ser ilimitada. No seamos solamente mujeres aficionadas á la lectura, sino mujeres instruídas y hasta sabias, lo cual es mejor, á pesar de lo que dice Molière. Muchas lecturas no son sino una operación perezosa del espíritu. Tienen su tiempo marcado. Cuando ocupan todo nuestro tiempo, es demasiado. ¿Qué método debe seguirse? Creo que para esto no lo hay. No diré esto á un muchacho que esté estudiando una carrera; los diplomas suponen que se ha seguido un programa. Y lo mismo pienso tratándose de una mujer que quiera obtener un título. Pero la mayor parte de las mujeres leen por satisfacer un gusto ó un capricho. Que sigan, pues, las inspiraciones de su gusto ó de su capricho y que sobre su mesa los autores españoles estén confundidos con los

franceses; los italianos con los ingleses; que salten sin remordimientos del siglo XIX al XVII, y á la Edad Media, si así le place, y hasta á los clásicos latinos. Siempre he observado cierta superioridad en las mujeres que conocen algo el latín, y esta superioridad consiste en una especie de serenidad de juicio, en un gusto delicado y seguro de sí mismo. El orden importa poco. Lo que importa es la variedad del estudio; el número de ventanas abiertas desde las que se puede contemplar el mundo. Además es necesario ser exigente, y es preciso saber violentarse un poco.

Cuando se trata de instruir á mujeres, parece que la primera preocupación del profesor, del autor del discurso ó de la conferencia, es la de «entretenerlas» como se decía antes. Se dirigen á su imaginación, á su sensibilidad. Y en esto no hacen mal. Pero rara vez se dirigen á su razón; temen no ser comprendidos. Y de que abriguen este temor infundado, de que, en el fondo, tengan tan mala opinión de nosotras, es de lo que me quejo.

Las mujeres no necesitan conocer la historia de la filosofía, ni quemarse las cejas estudiando los manuales en los que se ve hasta qué abismos de necedad puede arrastrar á inteligencias elevadas un error inicial mantenido por el orgullo. Desearía, sencillamente, que conociesen los principios fundamentales de la filosofía acerca de los cuales tanto oirán hablar ó disparatar. Es necesario que sepan, no solamente que X... es un idiota, y que Y... es otro imbécil,—esto ya lo sabrán si



los conocen,—sino por qué lo son; que no sientan solamente un horror instintivo á una doctrina falsa, sino que con una palabra, sin discusión, sin pedantería, puedan demostrar que han advertido el error, que le conocen, que no se han dejado engañar por un orador ó un sofista.

Las mujeres están en disposición de recibir semejante enseñanza, ya por medio de un profesor, ya por medio de un libro. Tienen una maravillosa rapidez y seguridad de comprensión, tanto en el orden de ideas como en el de sentimientos. Y saben servirse admirablemente de las armas que se les proporcionan. Para deshacer un enredo no hay arma mejor que un alfiler de sombrero. Las mujeres lo esgrimirán con tanto más gusto cuanto que, casi siempre advertirán que la verdad dignifica á las mujeres y aumenta su influencia como esposas y como madres.

Ante todo, es necesario que se dediquen á un estudio atento de la doctrina católica. Aquí hablo de las creyentes que tienen que defenderse, pero también de otras que tienen que saber. A éstas les diré: «Vosotros también debéis estudiar la religión, no en los libros, que la definen para combatirla, sino en los que la exponen. El sentimiento de la vida y la visión del mundo cambian por completo, según que el espíritu ignore esta cuestión ó la conozca á fondo. El dejar de estudiarla constituye una falta cuya importancia es enorme, aunque sólo se tengan en cuenta las consecuencias humanas. Porque hasta las mismas que es-

tudiando la fe no consigán hallarla, por lo menos encontrarán la inmensa ventaja de comprenderla y de ser más justas al hablar de ella. Están seguras de que este estudio ha de ennoblecerlas, ha de hacerlas capaces de obrar con más justicia.»

No olvido que la fraseología usada en los discursos ó en los artículos electorales, permite á los hombres que desconocen por completo estos problemas, calificarse á sí mismos de espíritus independientes ó emancipados. Pero, la realidad es completamente distinta. Durante mi vida, he podido comparar las dos especies de hombres y mujeres: los que entienden y los que no entienden de cuestiones religiosas. Pues bien; no tengo más remedio que decir que la ignorancia en materia de religión es una causa cierta de inferioridad intelectual. Hay una sociedad de la que están excluidos ciertos hombres y ciertas mujeres, y esa sociedad es numerosísima. Hay hombres á los que no conocen, cuyo idioma no comprenden, y esos hombres son sus hermanos, y se cuentan por millones. Sin una religión aceptada, ó por lo menos comprendida, la historia es en parte ininteligible; la más bella de las artes, la arquitectura, la música, la pintura, la escultura, no entregan jamás su alma á almas demasiado olvidadas de la religión; las palabras más hermosas, las de fraternidad, moralidad, inmortalidad, pierden gran parte de su vigor y de su importancia; se advierte lo poco que representa la imaginación humana en el progreso social.



¡Qué lástima! Se adivina, se ama al admirable ser en que ese hombre se convertiría si en lugar de la insignificante lámpara de minero con que se alumbra, caminase á la luz del sol. ¡Cuántos de éstos he conocido! A veces, todo lo sabían menos lo esencial; gozaban de merecida fama, poseían el don de la palabra, eran ingeniosos, amables, tenían un deseo vivísimo de ser útiles á su patria, y una modestia sincera á veces. Pero no les inspiraban curiosidad las cosas divinas; eran impotentes allí donde otros hombres, millones de ellos, se sentían libres; me parecían barcos magníficos cuyas velas pendén por falta de vergas y de cuerdas en tanto que las embarcaciones pequeñas se dirigen á alta mar. El poder del pensamiento que abarca el origen y el fin de las cosas; la armonía de un sistema en el que nada ha sido omitido, en el que la naturaleza no ha sido sacrificada, sino idealizada y exaltada, la prodigiosa comunión de las almas en el universo y á través de los siglos; todas las barreras del tiempo y del espacio destruídas, todas estas riquezas y otras muchas, cuyo tesoro intacto suelen poseer otros hombres más humildes, las desconocen ellos por completo. Hablan conmigo y al mismo tiempo que reconozco su saber en las cosas humanas, advierto su ignorancia en las divinas y su completa buena fe.

Sí, á veces experimento una simpatía viva y cierta compasión hacia esos hombres que no piensan como yo. No es una simpatía ordinaria, puesto que no nace solamente de las cualidades de que han dado pruebas,

sino de la contemplación de un poder inactivo que reside en ellos, que podría desarrollarse y aumentar la belleza de su espíritu, su energía, su audacia y su alegría.

Y por ello digo: «Vosotras las que leéis, llegad en vuestras lecturas hasta más allá de la vida.»